



Artículos científicos

Modelo pedagógico significativo cognitivo desde la realidad del contexto escolar y social

Significant cognitive pedagogical model from the reality of the school and social context

José Oliden Muñoz Bravo

Institución Educativa de Bachillerato La Cruz Nariño

jolidemu65@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0003-0366-6695>

El maestro, en su compleja función de mediador, guía, ejemplo y transmisor de cultura, valores y saberes, asume una profunda responsabilidad social frente a las nuevas generaciones. Esta responsabilidad trasciende la mera instrucción académica y se centra en la formación integral de ciudadanos críticos, éticos y competentes para transformar su entorno. La calidad de su desempeño, preparación y autoformación incide directamente en la formación de los estudiantes. En este sentido, su labor requiere no solo dedicación, amor y espíritu de servicio, sino también un compromiso permanente con la actualización y la investigación pedagógica.

De esta manera, la tarea docente trasciende la simple transmisión de conocimientos y se orienta hacia un proceso formativo integral que promueva el desarrollo de competencias, el pensamiento crítico y la construcción de ciudadanos capaces de transformar su entorno de manera ética y responsable.

El modelo pedagógico implica asumir una postura frente a la función y la práctica de la educación. Se entiende como una guía para la enseñanza y como un cuerpo organizado de conocimiento que responde a interrogantes fundamentales: ¿qué enseñar?, plan de estudios, ¿cómo enseñar?, didáctica y ¿cómo evaluar lo enseñado?, evaluación.

En la actualidad, el buen maestro, además de poseer cualidades humanas, requiere una sólida preparación intelectual que le permita dominar el conocimiento disciplinar y, simultáneamente, comprender corrientes, modelos, estrategias y conceptos didácticos que garanticen un aprendizaje creativo. Esta formación debe propiciar el desarrollo de estrategias flexibles, innovadoras y responsables que faciliten al estudiante interpretar el mundo, interactuar con él y proponer alternativas de solución frente a los desafíos que enfrenta en su contexto.

El modelo pedagógico significativo-cognitivo busca la formación de un ser humano integral, unificado en principios gnoseológicos. Desde esta perspectiva, la educación se concibe como un proceso

transformador que no solo potencia el desarrollo individual, sino que también contribuye al progreso social y al bienestar colectivo

El contexto escolar abre posibilidades para comprender el aprendizaje y el conocimiento, ya que a través de él se transmiten patrones culturales de generación en generación, dejando huellas en las prácticas pedagógicas y en las relaciones con el saber. De igual modo, cumple una función moral al favorecer la enseñanza de costumbres y valores, permitiendo transitar hacia la formación del ser humano del siglo XXI.

Desde esta realidad escolar y social, el modelo pedagógico se presenta como una alternativa frente a modelos tradicionales, orientando al maestro en la unificación de criterios a través de un proceso progresivo que modifica las estructuras cognitivas, desarrolla habilidades formativas y fomenta la autonomía y autorregulación del aprendizaje.

En la educación contemporánea, el estudiante debe ser capaz de elaborar ideas propias en torno a los contenidos programáticos, expresando opiniones y juicios que se conecten con situaciones de la vida diaria, en coherencia con la teoría del aprendizaje significativo Ausubel, (1983). Para lograrlo, se recomienda que el docente utilice estrategias como debates, foros, mesas redondas, discusiones, escritura de ensayos y exámenes con preguntas de análisis.

La creatividad constituye un aspecto esencial en la educación del siglo XXI, pues permite a los estudiantes desarrollar competencias que faciliten la resolución de problemas complejos de manera efectiva e innovadora. Asignaturas como Lengua Castellana y Educación Artística desempeñan un papel clave en este proceso, al fomentar la escritura creativa, la representación teatral y la producción plástica como medios de expresión y construcción de sentido.

Del mismo modo, la educación contemporánea debe promover la empatía, la convivencia y la comprensión de la diversidad sociocultural presente en el aula. En este sentido, la metodología de Comunidades de Aprendizaje favorece la formación en valores como la solidaridad, el respeto, la tolerancia y la generosidad, en coherencia con la visión de una escuela inclusiva, participativa y democrática que reconoce al estudiante como sujeto activo de transformación social.

El desarrollo de la inteligencia emocional también es fundamental en este siglo. Estrategias como la lectura de obras literarias, las dramatizaciones y las actividades grupales permiten que los estudiantes comprendan y gestionen sus emociones, fortaleciendo su formación integral.

No se trata, por tanto, de “*aprender por aprender*”, sino de “*aprender a aprender*”, es decir, de adquirir aptitudes y competencias necesarias para adaptarse a una sociedad cambiante. La escuela debe preparar a los estudiantes no solo para acumular conocimientos, sino también para enfrentar situaciones nuevas, sintetizar información y aplicarla en diversos contextos.

En este marco, Ausubel (1983) sostiene que el *factor más importante que influye en el aprendizaje es lo que el alumno ya sabe. Averígüese esto y enséñese consecuentemente*” (p. 18) Su teoría resalta la importancia de los conocimientos previos como punto de anclaje para integrar nuevos aprendizajes de manera significativa, en contraposición al aprendizaje mecánico, que se limita a memorizar información sin conexión con saberes anteriores.

De manera complementaria, este modelo enfatiza el papel de los valores, la investigación, la creatividad y la tecnología como pilares de la vida escolar. La responsabilidad, entendida como valor moral y profesional, constituye un eje transversal de la práctica docente, expresado en el cumplimiento disciplinado, la autocrítica y el compromiso con la formación integral de los estudiantes Batista (2000).

La investigación educativa, concebida como un proceso complejo y multidisciplinar, permite analizar críticamente las prácticas docentes y orientar la mejora pedagógica. Desde la perspectiva significativa-cognitiva, los docentes son incentivados a cuestionar sus supuestos, reflexionar sobre sus contextos y promover innovaciones en la enseñanza (Kemmis (1988).

Finalmente, la incorporación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en la escuela constituye un desafío y, al mismo tiempo, una oportunidad. Su integración crítica y pedagógica en los procesos de enseñanza-aprendizaje favorece el acceso a nuevas formas de conocimiento, la innovación metodológica y la preparación de los estudiantes para desenvolverse en la sociedad actual (De Pablos y Jiménez (1998).

En consecuencia, lo recomendable es que el docente aplique técnicas y estrategias de aprendizaje que incentiven el pensamiento crítico y autónomo, tales como debates, foros, mesas redondas, discusiones, escritura de ensayos y evaluaciones con preguntas de análisis. De esta manera, la escuela del siglo XXI podrá implementar actividades que promuevan el pensamiento lateral o creativo, en coherencia con los desafíos actuales de la educación.

Así, la creatividad se convierte en uno de los principales ejes del proceso educativo, ya que contribuye a que los estudiantes desarrollen la capacidad de resolver problemas complejos de manera efectiva, pues permiten a los niños y jóvenes explorar su imaginación mediante la escritura creativa, la producción de obras teatrales y la elaboración de piezas artísticas como dibujos o pinturas.

En suma, la escuela del siglo XXI debe fomentar un aprendizaje de carácter cognitivo, emocional y social, que incentive la motivación por aprender, fortalezca la empatía y promueva la convivencia en la diversidad. La creación de comunidades de aprendizaje en el aula constituye una estrategia efectiva para garantizar la igualdad, la cooperación y la vivencia de valores democráticos en la formación de los estudiantes.

En este sentido, actividades en grupo, la lectura de obras literarias y la dramatización de situaciones cotidianas en las que sea necesario aplicar la inteligencia emocional constituyen prácticas educativas eficaces que contribuyen al fortalecimiento de la educación emocional, considerada hoy un eje esencial de la formación integral.

Esto implica que no se trata de “aprender por aprender”, sino de “aprender a aprender”, es decir, desarrollar las aptitudes y competencias necesarias para adaptarse a una sociedad cambiante y a sus continuas exigencias. La escuela, en este contexto, no puede limitarse a la transmisión y acumulación de saberes, sino que debe orientarse hacia la formación de sujetos capaces de enfrentar situaciones nuevas, sintetizar información y aplicarla en distintos campos del conocimiento. De este modo, el aprendizaje se convierte en un proceso activo, reflexivo y significativo, que prepara al estudiante para participar de manera crítica y creativa en su entorno.

La institución educativa debe abrir sus puertas a nuevas voces y planteamientos, alejándose de una cultura escolar rígida y tradicional. Al mismo tiempo, ha de poner a disposición de la comunidad sus recursos y posibilidades, de modo que se configure como una verdadera escuela democrática, abierta al diálogo, la participación y la construcción colectiva del conocimiento.

El papel de la escuela se expresa en su función socializadora y formativa. Por un lado, prepara para la vida en sociedad, acompañando a otras agencias fundamentales de socialización, como la familia, desde las edades tempranas. Por otro, transmite conocimientos e instruye para la inserción en el mundo del trabajo a través de diversas estrategias pedagógicas que fortalecen las competencias necesarias para desenvolverse en contextos dinámicos y cambiantes.

Asimismo, la escuela, como institución, constituye un espacio de construcción, invención y ensayo, donde se reconoce tanto el valor del conocimiento como las limitaciones que aún persisten. Es allí donde se configura gran parte de la identidad, las acciones y la capacidad de resiliencia de los individuos, en un proceso continuo de formación personal y social.

Para comprender la labor educativa, resulta imprescindible considerar tres elementos fundamentales:

1. Los profesores y sus metodologías de enseñanza.
2. La estructura de los conocimientos que conforman el currículo y su proceso de construcción.
3. El entramado social en el que se desarrolla el proceso educativo.

Todo ello se inscribe en un marco psicoeducativo, dado que la psicología educativa explica la naturaleza del aprendizaje en el aula y los factores que lo condicionan. Estos fundamentos permiten que los docentes descubran métodos de enseñanza eficaces, evitando prácticas basadas únicamente en el *ensayo y error*, que resultan poco productivas y antieconómicas Ausubel (1983).

De acuerdo con Ausubel (1983), el aprendizaje del alumno depende de su estructura cognitiva previa, entendida como el conjunto de conceptos, ideas y conocimientos que un individuo posee en un campo determinado y la forma en que estos se organizan. Por ello, en el proceso de orientación del aprendizaje es esencial identificar no solo la cantidad de información que tiene el estudiante, sino también los conceptos que maneja, su grado de estabilidad y su pertinencia para integrar nuevos saberes.

Los principios de aprendizaje propuestos por Ausubel constituyen un marco de referencia para diseñar herramientas metacognitivas que permitan conocer la organización de la estructura cognitiva del educando. De esta manera, la labor educativa deja de concebirse como un proceso que parte de “mentes en blanco”, reconociendo que los estudiantes poseen experiencias y conocimientos previos que influyen directamente en su aprendizaje y pueden aprovecharse como anclaje.

El propio Ausubel (1983) resume esta idea en el epígrafe de su obra: “*Si tuviese que reducir toda la psicología educativa a un solo principio, enunciaría este: el factor más importante que influye en el aprendizaje es lo que el alumno ya sabe. Averíguese esto y enséñese consecuentemente*” (p. 18). En esta línea, un aprendizaje es significativo cuando los contenidos se relacionan de modo no arbitrario y sustancial con lo que el estudiante ya sabe, es decir, con conceptos, imágenes o proposiciones previamente significativos en su estructura cognitiva.

En el proceso educativo resulta esencial considerar lo que el individuo ya sabe, de manera que se establezca una relación con aquello que debe aprender. Este proceso ocurre cuando el educando cuenta

en su estructura cognitiva con conceptos claros, estables y definidos (ideas, proposiciones, teorías), que permiten la interacción con la nueva información.

La característica central del aprendizaje significativo es que genera una interacción no arbitraria entre los conocimientos previos relevantes y la nueva información. Esto permite que las ideas adquiridas se integren a la estructura cognitiva de forma sustancial, favoreciendo la diferenciación, evolución y estabilidad de los subsumidores y, en consecuencia, de todo el sistema cognitivo.

Por el contrario, el aprendizaje mecánico ocurre cuando no existen subsumidores adecuados. En este caso, la nueva información se almacena de manera literal y arbitraria, sin conexión con conocimientos previos. Un ejemplo de ello es el simple aprendizaje de fórmulas en física, donde los contenidos se incorporan como asociaciones aisladas y carentes de significado. Tal situación se presenta “*cuando el alumno carece de conocimientos previos relevantes y necesarios para hacer que la tarea de aprendizaje sea potencialmente significativa*” “(p. 37)”

El aprendizaje mecánico no se produce en un “*vacío cognitivo*”, ya que siempre existen asociaciones mínimas. Sin embargo, no se genera una interacción significativa con los conocimientos existentes. Este tipo de aprendizaje puede ser necesario en fases iniciales de un nuevo campo del saber, cuando aún no existen conceptos relevantes para establecer relaciones. No obstante, el aprendizaje significativo es preferible, puesto que facilita la adquisición de significados, la retención y la transferencia a diferentes contextos.

Características del modelo pedagógico significativo-cognitivo

Los valores

En la actualidad, el ejercicio profesional no solo exige conocimientos y habilidades técnicas, sino también la capacidad de conducirlos en beneficio de la sociedad. Esto se refleja en la habilidad para trabajar en grupo, interpretar las necesidades sociales y económicas, dirigir procesos participativos y comunicativos, y gestionar información útil para la competitividad. Tal como señala Batista (2000), “*tiene que saber conducirlas desde y para la sociedad, lo que se expresa en saber trabajar en grupo, interpretar social y económicamente las necesidades y demandas, dirigir procesos a través de la participación, el diálogo y la comunicación, en busca de información valiosa para la competitividad*” (p. 25).

Los valores no se desarrollan de forma aislada. Las diversas acciones del docente contribuyen a la formación ética dentro del ámbito académico. Actividades como la proyección social, la investigación, la experimentación o la protección del medio ambiente poseen un fuerte contenido valorativo y pueden incorporarse en el proceso educativo.

Dentro de los valores morales se destaca la responsabilidad, entendida en el contexto de la docencia como la capacidad de ser disciplinado, cumplir con los compromisos, reconocer errores y corregirlos, asumir una postura crítica y autocrítica, y enfrentar con resiliencia los obstáculos.

Por ello, el modelo pedagógico otorga gran importancia a la comunicación entre estudiante y docente en el proceso de enseñanza aprendizaje. El estilo comunicativo del profesor debe caracterizarse por el

trato respetuoso, la preocupación por la formación integral del estudiante y la atención a sus problemas personales. Además, debe estimular la participación y valorar los logros del alumnado.

En este sentido, Baxter (2008) señala que en los actos comunicativos el estudiante expresa su mundo interno ante los demás, lo cual le permite no solo conocerse a sí mismo, sino también confrontarse con las valoraciones de sus compañeros y de la comunidad educativa.

Asimismo, los valores profesionales se consolidan a través de acciones concretas que integran la formación académica con la práctica social. Por tanto, la responsabilidad profesional se configura como un eje transversal, fundamental en cualquier institución educativa, dado su papel en la construcción de ciudadanos críticos, éticos y comprometidos con su entorno.

La investigación

La investigación en educación adquiere una complejidad particular, ya que confluyen en ella diversas perspectivas teóricas y metodológicas provenientes de disciplinas como la psicología conductual y cognitiva, así como de corrientes sociológicas funcionalistas y marxistas, entre otras. Todas estas miradas buscan explicar el fenómeno educativo desde distintos enfoques.

En este contexto, la investigación educativa, y de manera específica la investigación didáctica, puede emplear propuestas metodológicas derivadas de estas tendencias, tales como la etnografía, la etnología, el método psicogenético y/o clínico, la metodología empírica, experimental, funcionalista o marxista, entre otras.

Este marco evidencia que comprender la investigación en el campo de la didáctica no solo implica el dominio de estas metodologías, sino también el conocimiento de las concepciones propias de cada escuela didáctica y de los desarrollos específicos en la enseñanza de disciplinas particulares.

En consecuencia, el presente estudio se centra en presentar los elementos centrales que caracterizan la investigación desde la perspectiva significativa-cognitiva. En esta línea, los docentes son incentivados a cuestionar sus propias ideas, teorías educativas, prácticas y contextos como objeto de análisis y crítica. Tal como señala Kemmis (1988),

“Desde una reflexión cuidadosa los profesores pueden desvelar ideas o suposiciones teóricas que resultan injustificadas y los dejan perdidos en su tarea docente; por ejemplo, si tienen suposiciones muy rígidas respecto a la naturaleza de habilidades innatas de los estudiantes, los docentes, a través de la reflexión crítica, pueden concluir que prácticas antiguas moldeadas por hábito y tradición son inútiles o irrelevantes en los tiempos actuales” (p. 174).

Los resultados de la investigación educativa proporcionan insumos valiosos para analizar las situaciones pedagógicas, los tipos de conocimiento implicados, los marcos de referencia, los modos de razonamiento de los destinatarios y las condiciones institucionales de aprendizaje.

La creatividad en la vida escolar

Los modelos cognitivos fundamentan sus propuestas teóricas en la identificación de los procesos y estrategias que favorecen un mejor desempeño en las tareas intelectuales. Su propósito es distinguir los mecanismos que emplean las personas con altas capacidades en contraste con quienes no manifiestan tales habilidades, con el fin de comprender cómo se estructuran, desarrollan y aplican los recursos cognitivos superiores.

En este marco, destaca la Teoría Pentagonal Implícita de Sternberg (1986), que comprende la superdotación a partir de cinco criterios: a) Criterio de excelencia: superioridad en alguna dimensión o conjunto de dimensiones respecto a los pares; b) Criterio de rareza: posesión de un atributo excepcional poco común en la población; c) Criterio de productividad: capacidad para desarrollar un potencial significativo en un dominio específico; d) Criterio de demostrabilidad: necesidad de evidenciar la superdotación mediante pruebas válidas, confiables y verificables; e) Criterio de valor: reconocimiento social del rendimiento superior en un contexto determinado.

Asimismo, Gardner (1993) amplía la concepción tradicional de inteligencia a través de su Teoría de las Inteligencias Múltiples, en la que identifica ocho tipos: lingüística-verbal, lógico-matemática, musical, cinestésica-corporal, espacial, naturalista, interpersonal e intrapersonal. El autor incluye, además, dos inteligencias adicionales en fase de estudio: la inteligencia espiritual y la inteligencia existencial, que continúan siendo objeto de debate y validación científica.

De la comparación de estos modelos se concluye que la superdotación no se limita a lo cognitivo, sino que resulta de la interacción de factores como la creatividad, la motivación, la perseverancia, la personalidad y las condiciones socioculturales, educativas y familiares.

La tecnología en educación

Las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), entre ellas la prensa, el cine, la radio, la televisión, los teléfonos móviles, las tabletas, la computadora, el internet, los blogs, las redes sociales, los objetos de aprendizaje, el software educativo, los materiales digitalizados y enriquecidos con elementos multimedia, así como la realidad virtual, la realidad aumentada, los códigos QR y los mensajes de texto (SMS), no fueron concebidas inicialmente para garantizar la accesibilidad educativa. No obstante, la constante innovación tecnológica ha permitido incorporar herramientas, aplicaciones y entornos digitales que fortalecen los procesos de enseñanza y aprendizaje.

En este marco, las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) se convierten en herramientas clave para ampliar las oportunidades de aprendizaje, diversificar metodologías y fortalecer la interacción educativa. Como señalan Cabero (2007) y De Pablos (1998), la integración de las TIC promueve procesos formativos más flexibles, motivadores y acordes con las demandas de la sociedad del conocimiento. De igual forma, Adell (1997) sostiene que las tecnologías favorecen entornos de aprendizaje colaborativos y abiertos, mientras que Area Moreira (2010) destaca su potencial para mejorar la alfabetización digital, la autonomía y la construcción activa del conocimiento por parte de los estudiantes.

De manera específica, se han desarrollado recursos basados en TIC orientados a mejorar la accesibilidad de los estudiantes y a dinamizar las prácticas pedagógicas. Su integración crítica, reflexiva y pedagógica en la escuela resulta fundamental para convertirlas en dispositivos que

potencien el aprendizaje, mediante métodos y técnicas innovadoras que atiendan las necesidades, ritmos y estilos de aprendizaje de la diversidad estudiantil.

Las tecnologías de la información y la comunicación aplicadas a la educación

La creciente presencia de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en la sociedad contemporánea ha llevado a las administraciones educativas a reconocer la importancia de su conocimiento, uso e incorporación en la escuela. De manera similar a cómo las TIC han transformado la sociedad, alterando los principios tradicionales de comunicación, sus repercusiones se extienden a todas las estructuras sociales, incluido el sistema educativo.

En este sentido, resulta fundamental reflexionar sobre la manera en que las TIC pueden integrarse en el ámbito escolar, favoreciendo el aprovechamiento de sus potencialidades informativas y comunicativas. Este proceso exige, además, un conocimiento crítico y actualizado de los recursos, sin perder de vista que forman parte de un contexto en permanente transformación que, en última instancia, remite a la educación como instancia formadora y promotora de la capacidad de adaptación a los cambios sociales (De Pablos y Jiménez, 1998).

En los últimos años, se ha asociado con frecuencia la innovación educativa con la incorporación material de las TIC en la escuela. En un escenario en el que los avances tecnológicos —especialmente en informática y telecomunicaciones— se suceden de manera vertiginosa, y en el que la comunicación mediada por computadoras abre nuevas posibilidades sociales, culturales y económicas, surge la necesidad de garantizar que el sistema educativo brinde una formación pertinente y actualizada para desenvolverse en esta sociedad emergente. Así, el desafío no radica únicamente en disponer de infraestructura tecnológica, sino en promover su integración pedagógica desde una perspectiva crítica, creativa y transformadora.

Educación y pedagogía en la escuela

Algunos autores limitan el concepto de pedagogía al arte de guiar a los jóvenes en su desarrollo físico, mental y emocional. Otros, en cambio, lo amplían hacia una pedagogía general que abarca tanto a niños y jóvenes como a adultos denominada andragogía e incluyen corrientes específicas como la pedagogía liberadora, jesuítica o alemana.

Por su parte, el concepto de educación ha sido tradicionalmente entendido como la transmisión de información y el desarrollo de destrezas necesarias para integrarse al sistema productivo, restringiéndose a una etapa determinada de la vida. Sin embargo, la educación contemporánea debe concebirse como un proceso continuo, a lo largo de toda la vida y en todos los ámbitos sociales. En este sentido, la escuela debe reinventarse como una institución promotora de integración y convivencia, formando parte de un continuum educativo que abarque la vida comunitaria y no se limite a un espacio segregado.

Hasta hace pocas décadas, educación y pedagogía se identificaban casi exclusivamente con la escuela, mientras que la educación social era descalificada con términos como “educación no formal”, “informal” o “no reglada”, expresiones cargadas de connotaciones negativas. Sin embargo, la educación social constituye una forma legítima y amplia de formación, orientada a promover la socialización, la integración y el desarrollo ético, moral y conductual de las personas.

Asimismo, la docencia, como actividad profesional, ha generado conocimiento, producido soluciones a sus propios desafíos y se rige por un código ético. En consecuencia, el docente debe ser considerado un profesional de la educación, cuya labor requiere formación pedagógica sólida y obligatoria, así como un compromiso permanente con la actualización y la investigación educativa.

En este marco, resulta pertinente mencionar la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner (1993), quien distingue ocho tipos: lingüística, lógico-matemática, corporal-kinestésica, musical, espacial, naturalista, interpersonal e intrapersonal. Este planteamiento amplía la comprensión de los estilos y capacidades de aprendizaje, favoreciendo la diversificación pedagógica.

El profesor tiene la responsabilidad de enseñar científicamente, lo que implica relacionar los contenidos de su disciplina con principios pedagógicos adecuados. Su actitud, comportamiento, vocación y actuación práctica deben constituirse en un ejemplo para los estudiantes, quienes, a través de esta guía, aprenden a valorar la verdad y rechazar lo falso.

Conclusiones.

El modelo pedagógico significativo-cognitivo busca que el estudiante se apropie del conocimiento y asuma el aprendizaje con un criterio de responsabilidad, favoreciendo la construcción de un pensamiento crítico y la capacidad de crear y estructurar sentido propio.

Asimismo, permite que el docente, en su rol de guía y orientador, unifique criterios pedagógicos que faciliten al estudiante la aplicación de conocimientos previos y el fortalecimiento de su pensamiento sobre bases sólidas, promoviendo así la coherencia y la integración de saberes.

Además, el modelo pedagógico significativo-cognitivo se sustenta en las bases teóricas de David Ausubel, quien plantea un aprendizaje centrado en las necesidades individuales de cada estudiante. Este enfoque busca que la investigación y la indagación se constituyan en ejes fundamentales para promover un cambio educativo productivo y significativo dentro de la escuela.

Asimismo, la creatividad constituye un elemento esencial del proceso educativo, pues permite a los estudiantes desarrollar competencias para resolver problemas complejos, expresar sus ideas y generar nuevas soluciones. Asignaturas como Lengua Castellana y Educación Artística resultan clave, al fomentar la escritura creativa, la representación teatral y la producción plástica, promoviendo al mismo tiempo la expresión personal, la autonomía y el pensamiento crítico.

En conjunto, el modelo pedagógico, el rol activo del docente y la incorporación de la creatividad configuran un enfoque educativo integral, orientado a formar individuos capaces de enfrentar los desafíos de la sociedad contemporánea, reflexionar sobre su aprendizaje y actuar de manera ética, crítica y transformadora.

Referencias.

- Ausubel, D. P. (1983). *Psicología educativa. Un punto de vista cognoscitivo*. Trillas. (p. 18, p. 37)
- Batista, N. (2000). *La responsabilidad profesional en la docencia*. Editorial Pueblo y Educación.
- Baxter, P., & Jack, S. (2008). Metodología de estudio de caso cualitativo: Diseño e implementación del estudio para investigadores principiantes. Sage Publications.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía del oprimido* (30.ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Gardner, H. (2016). Estructuras mentales: La teoría de las inteligencias múltiples. Basic Books.
- Kemmis, S. (1988). El planificador de investigación-acción. Deakin University Press
- Sternberg, R. (1986). Más allá del CI: Una teoría triárquica de la inteligencia humana. Cambridge University Press.
- De Pablos, J., y Jiménez, J. (1998). *La integración de las nuevas tecnologías en la educación*. Síntesis
- Pérez Gómez, A. I. (2003). *Pedagogía y educación: Fundamentos y tendencias*. Morata.
- UNESCO. (2013). *Tecnologías de la información y la comunicación en la educación: Una guía para docentes*. París: UNESCO.



JOSE OLIDEN MUÑOZ BRAVO
Doctor Ciencias de la Educación
Doctor PHD Filosofía